

Otro mundo es inevitable¹

I

Un conocido eslogan del movimiento antiglobalización nos dice que otro mundo es posible. Sin ponerlo en duda, quizás sea más interesante, y mucho más urgente, comprender y aceptar que otro *mundo es inevitable*. Si introducimos este pequeño giro, la mayoría de las ideas que sirven de base a nuestros proyectos políticos se tambalean. Lo hacen también nuestros proyectos de vida. Esto exige replantearse seriamente algunas cosas. En este artículo se busca afinar la percepción de la época que nos ha tocado vivir. Para así poder ajustar a la realidad las estrategias con las que algunas y algunos intentamos impugnar este mundo.

Siguiendo con los lemas, que son un buen indicador de los mitos que agitan las pasiones de la ira popular, el 15M hizo del grito “no es una crisis, es una estafa” un estribillo recurrente. Hay que reconocer que la frase tiene su encanto. Resucita y fortalece el siempre saludable rechazo a la explotación. Aviva, de alguna forma, las brasas apagadas de la guerra de clases. Y lo hace en un momento en el que el incendio social parecía extinguido. Si la crisis es una estafa, hay un enemigo al que pudo poner cara y señalar con mi dedo acusador como culpable, como hacemos en las manifestaciones al pasar delante de oficinas bancarias (lástima que, de momento, sólo seamos capaces de hacer justicia con un pintada, o con una denuncia destinada a ser papel mojado, y no con piedras, con fuego, con estructuras organizativas funcionales, con alternativas de vida).

Lo que cumple un papel valioso como estimulante de la rabia de la gente, pues evidentemente tenemos enemigos, es un disparate a nivel de diagnóstico (nuestros enemigos lo son por lógicas sociales que van más allá de su voluntad). Debajo de la ecuación crisis= estafa se esconden cuatro presupuestos insostenibles. Diseñar nuestras estrategias en base a ellos nos llevará, a los movimientos anticapitalistas, a seguir chapoteando en la impotencia y, finalmente, a otra enésima derrota histórica que nos tendrá lamiéndonos las heridas durante décadas. Estos errores de análisis son los que siguen:

- No hay una falla en el funcionamiento del modelo productivo, hay un mal uso.
- No nos encontramos ante un problema impersonal y objetivo, sino ante un falso problema, una situación provocada, intencionalmente, por grupos sociales concretos a favor de sus intereses (banqueros, corporaciones, gran capital).
- En el fondo se trata de un revival del viejo cuento del capitalismo: el acaparamiento de la riqueza social por parte de las élites socializando pérdidas y privatizando beneficios.
- Esta situación puede y debe responderse desde los viejos parámetros de la izquierda (revolucionaria o reformista): reparto de la riqueza, doma política de la economía a través de la intervención estatal, nuevo sistema fiscal, socialización de los medios de producción etc.

Estos cuatro axiomas, que en algunos momentos del siglo pasado cumplieron un papel explicativo fundamental, son todavía predominantes en las perspectivas anticapitalistas. Pero menos por ayudarnos a entender algo y más como frutos de una inercia mental que es, en el terreno energético y ecológico, sencillamente analfabeta. Y en el histórico, bastante burda y cutre. El capitalismo no es un péndulo, ni conoce eterno retorno: la situación que estamos viviendo es, por decirlo de forma simple, completamente nueva.

Lo primero que hay que desmentir, rotundamente, es que esta crisis sea una excusa de nuestras élites para aumentar nuestra tolerancia a la explotación y la represión política y así, renegociar al alza sus privilegios a partir de nuestro empobrecimiento. Por supuesto que los platos rotos los estamos pagando los de siempre, a través de recortes, pérdida de derechos y exclusión social. Es obvio también que muchos de los otros de siempre, los del lado de la democracia que les toca ganar, están sacando una buena tajada. Pero esto no es una conspiración. Sencillamente, y modificando el refrán, a economía revuelta ganancia de especuladores y

¹ Este texto fue publicado en formato serial en el periódico Voces del Pradillo, entre Agosto y Septiembre de 2013.

ladrones. Más importante es no olvidar que suena ridículo hablar ahora de estafa cuando la estafa era ya la vida entera de antes del 2007, la misma estafa a la que tantos todavía sueñan volver: años de trabajo vacío, soledad, compras y amor a cuentagotas en un mar de miedo y competitividad estúpida, con el despertador decapitando sueños y un zulo de 70 metros cuadrados, con vistas a la derrota, como supuesto objeto de triunfo social.

Debajo del desastre económico en marcha hay, literalmente, una civilización en quiebra. La ruptura es producto de la confluencia y retroalimentación de las dos crisis estructurales más importantes que el capitalismo ha conocido en toda su historia: el choque de nuestra actividad con los límites físicos del planeta (pico del petróleo) y el ahogo de la lógica del capital en su propia productividad desbocada, que hace del trabajo un anacronismo. Sólo una de ellas hubiera bastado para transformar de arriba abajo el mundo tal y como lo conocemos. Que las dos se estén dando al mismo tiempo anuncia que lo prodigioso no será una década, sino todo el siglo. A corto plazo podríamos comparar nuestra situación con la de la URSS a mediados de los 80. A largo plazo el cambio será tan profundo como el que se dio entre todos los grandes cambios de patrón civilizatorio: entre el mundo antiguo y la edad media, o entre el feudalismo y el capitalismo.

Por supuesto, ninguna de estas dos crisis estructurales puede ser provocada intencionalmente. No es una voladura controlada. Son hechos sistémicos, que emergen de forma ciega, como daños colaterales del funcionamiento del capitalismo, y más allá de ninguna decisión voluntaria. También es evidente que esta crisis no es pasajera. No nos encontramos ante una fase depresiva del ciclo económico, sino ante el último ciclo económico dentro de unos parámetros de definición de lo que la economía es. Y como todo apunta a que esta gran recesión no acabará jamás, aunque tenga altibajos, no podemos enfrentarla desde los planteamientos de las izquierdas históricas, que siempre han estado ligados a un mundo en crecimiento, un mundo de derroche energético y abundancia material. Como al cambio de escenario general se le suma la derrota de todos nuestros antiguos planes revolucionarios, la emancipación social debe reinventarse por partida doble. Si un movimiento anticapitalista no tiene esta certeza clavada en lo más hondo de sus aspiraciones y deseos, será un aborto.

Finalmente, un factor que cuesta entender es que la crisis no es comprendida, porque es también una crisis de paradigma. Dicho con palabras más sencillas, el modo en que los dirigentes se han acostumbrado a ver la realidad y tomar decisiones ya no funciona. Es un secreto a voces, que se nota cada vez que dan uno de esos palos de ciego económicos que nada solucionan, que los núcleos de poder carecen de bases conceptuales para comprender lo que está pasando. Entre otras cosas, porque están obligados a mirar el mundo a través de los ojos de la economía, una supuesta ciencia con inconsistencias teóricas tan aberrantes que debería ser relegada al mismo cajón que otros saberes como la astrología, la alquimia, la frenología o el espiritismo.

Aquellos que piensan que esta crisis es el resultado de una conjura para convertir la economía mundial en un casino financiero, donde la banca siempre gana, reclaman abolir los paraísos fiscales y llevar a los banqueros y a los políticos corruptos a la cárcel y creen que suprimiendo los coches oficiales y las jubilaciones obscenas al 1%, el otro 99% podremos vivir felices con iPhones 5, a través de los cuales participar interactivamente en la democracia 4.0, se equivocan.

Los neoliberales denuncian que todo se está yendo al carajo porque los estúpidos socialistas no hacen más que lastrar a los productores de riqueza con impuestos que sirven para que la chusma viva de chupar del bote. Y esgrimen, en consecuencia, la bandera de la austeridad y la disciplina fiscal como regla de oro para enderezar el rumbo. Los keynesianos trasnochados siguen creyendo que estamos en 1929 y demandan crecimiento frente a austeridad, para que los pobres puedan acceder a más consumo (de comida basura, de identidades prefabricadas, de viajes low cost) y así volver a poner a la economía mundial, y al ecocidio, a todo gas. En un juego de espejos los nacionalistas de la periferia de este país echan la culpa de la crisis a la opresión central de un reino bananero, mientras que los nacionalistas del centro buscan su chivo expiatorio en el egoísmo de los terroristas de la periferia. Hay quien apuesta que todo lo que está pasando no es más que el resultado del declive político gringo y el ascenso imperial de China. Y alguno hasta lo celebra, olvidándose, al parecer, que la hegemonía china impone un mundo de 60 horas de trabajo semanales. Y los viejos revolucionarios insisten en señalar que la burguesía ha emprendido contra el trabajo organizado una suerte de solución final, como la

de los nazis contra los judíos, pero a cámara lenta. Su intención sería devolvernos al siglo XIX y vengarse, de paso, de la osadía revolucionaria de nuestros abuelos.

Todos, a pesar de sus profundas diferencias, comparten una misma gran mentira: se puede salir de esta crisis sin transformar radicalmente los modos de vida. La civilización industrial gozaría de una salud de hierro, y sólo se trataría de distribuir de otra forma sus excedentes. Pero a la mínima que se rasque un poco debajo del maquillaje mediático, las pruebas apuntan de forma concluyente que la megamáquina ya no funciona, ni podrá funcionar, igual que antes. Los modos de vida van a transformarse sí o sí, y lo que está en juego es que este cambio sea emancipador o regresivo.

En definitiva, lo que estamos viviendo no es una turbulencia puntual, sino el comienzo de un proceso de colapso social (por cierto, los colapsos en la historia son norma y no excepción, y no sabemos por qué raro milagro nuestras sociedades capitalistas, que son con mucho y a nivel general las más irrationales de cuantas han existido, deberían quedar exentas de esta norma).

El primer tercio del siglo XXI será leído, en tiempos venideros, como un momento crucial para la evolución de las sociedades humanas. Si no afectamos profundamente a su inercia, nuestro futuro se debate entre el declive doloroso y el hundimiento catastrófico del capitalismo. Este es el número que nos ha tocado en el sorteo. Vivimos en el corazón de un enorme terremoto, a cámara lenta, que en unas décadas desmontará el mundo tal y como lo conocemos. Y que no es un cuento ni una profecía ni una especulación teórica, sino algo que ya ha empezado. Está pasando en este mismo instante.

Esto no nos lleva, a los anticapitalistas, a la alegría sin más. Lo que venga después del capitalismo que hemos conocido durante el auge de la civilización industrial puede ser bastante peor. Hay muchas razones para el pesimismo. Pero el horror no detentará el monopolio de los cambios. Al capital le esperan todavía, por nuestra parte, unas cuantas fiestas sorpresas.

II

La primera gran crisis estructural que sacude al capitalismo en el siglo XXI, y compromete su viabilidad como civilización, es el llamado fin de la sociedad del trabajo. Comprender esto exige dar algún rodeo teórico, que se intentará hacer de la forma más sencilla y amena posible.

Carlos Marx, que por cierto dijo cosas muy distintas a las que no ha acostumbrado de la caricatura engelsista de Marx que el leninismo hizo popular, descubrió algunas cuestiones fundamentales que nos sirven para entender este proceso. Una cuestión fundamental es que en el capitalismo hay dos tipos de riqueza que coexisten a ostia limpia. La primera es la riqueza material, que son las cosas del mundo que nos sirven para satisfacer necesidades y deseos. La segunda es el valor, que es tiempo de trabajo abstracto intercambiable, y que tras todo un proceso de traducción, se nos presenta y se nos hace familiar en forma de dinero. La acumulación de este segundo tipo de riqueza es el objetivo central que esta sociedad te impone, y lo otro (la satisfacción de necesidades y deseos), se rebaja a una pura coincidencia del ganar dinero. Un ejemplo muy gráfico: toneladas de riqueza material en forma de comida se tiran todos los años al mar en un mundo hambriento porque su traducción en dinero no sale a cuenta en el intercambio general.

Otra cuestión fundamental es que el capitalismo está afectado por una especie de maldición o deformación congénita: la caída tendencial de la tasa de ganancia. Los capitalistas, a medida que invierten, sacan menos beneficios de sus inversiones, lo que conduce a una parálisis de la economía si esta tendencia no se contrarresta con algo que permita ampliar los beneficios. Dicho de un modo algo tonto, durante toda su historia el capitalismo se ha salvado corriendo un poco más rápido que su predisposición natural a derrumbarse. La caída de la tasa de ganancia se produce por una dinámica que aquí voy a enunciar de manera extremadamente simplificada: las mejoras tecnológicas aplicadas a la producción, agujoneadas por la competencia entre capitalistas, tienden a reducir el peso de la mano de obra en relación con la maquinaria. Las máquinas y la tecnología son cada vez más importantes para generar riqueza material y las personas y sus horas de trabajo cada vez menos. Lo contradictorio, y lo paradójico, es que el beneficio capitalista sólo puede venir de la extracción de plusvalor. Esto es, el beneficio capitalista no es otra cosa que tiempo de trabajo que

no se remunera al trabajador, tiempo robado. A medida que la producción madura tecnológicamente, y con menos trabajo se producen más cosas vendibles, el capitalista se beneficia en el corto plazo. Pero en el plazo medio, cuando esa nueva norma de productividad se vuelve general, la masa global de trabajo de la que obtener beneficios se ha hecho más pequeña. Y las ganancias de todos los capitalistas disminuyen. Por tanto los capitalistas están obligados a volver a ahorrar trabajo con más adelantos tecnológicos, o a aumentar la explotación de los trabajadores o a abrir nuevos mercados para inventar nuevos trabajos, o a sufrir una crisis o una gran guerra que los recicle, o alguno de los trucos demenciales que les permiten contrapesar estas tendencias.

Cualquier empresa tiene que nadar o ahogarse en estas normas de productividad anónimas que impone la competencia. Aunque un capitalista tuviera vocación de ser humano, si quisiera tratar de forma justa a sus trabajadores o ser armónico con la naturaleza, se arruinaría. Los jugadores son odiosos, y por eso soñamos, legítimamente, con levantar guillotinas eléctricas en la Puerta del Sol, como dijo Valle Inclán. Pero lo realmente monstruoso del capitalismo no son los jugadores, siempre intercambiables por otros: es el propio juego.

Desde los años 70 los beneficios de las empresas capitalistas están cayendo de forma grave. La causa última es la introducción de la robótica y la microelectrónica como factores de producción que ahorran tanto trabajo que el trabajo mismo se está volviendo algo obsoleto. Casi un anacronismo, como en el presente es la honra, por la que se mataban antaño los caballeros feudales. Hoy apenas hace falta trabajo para mantener el sistema productivo funcionando y en un futuro, según afirma Carsten Sorensen, un gurú del London School of Economics, todo el proceso productivo será controlado por las máquinas y los trabajadores, salvo algunos puestos de élite, vivirán en el subempleo permanente. Por tanto la forma de vida de clase media será una aspiración social inalcanzable para la gran mayoría:

http://economia.elpais.com/economia/2013/05/24/actualidad/1369417723_317727.html

La caída estructural de los beneficios capitalistas, asociada a la reducción al absurdo del trabajo que empezó hace 40 años, ha sido contrapesada mediante diversos procedimientos. Estos explican porque hemos vivido bajo la ilusión de una época de bonanza y vacas gordas cuando realmente estábamos desmantelando las bases de nuestra riqueza social: la gran apertura del mercado mundial tras la caída de la URSS y la reconversión al capitalismo de China; el desarrollo compulsivo de nuevos mercados hasta el absurdo: hoy se paga ya por cosas como buscar trabajo o tener una aventura sexual fuera de tu pareja, y está en los planes incluso cobrar y pagar por los servicios biosféricos que brinda el planeta; el agravamiento de las condiciones de explotación laboral: extensión de la precariedad, contratos basura, trabajo temporal, trabajo obligatorio en las cárceles, el doble juego de la inmigración ilegal, permitida pero perseguida para evitar su organización y forzar a la baja los salarios nacionales; la financiarización y las burbujas: como la economía real ya no es rentable, todas las inversiones se desplazan a la multiplicación financiera de los panes y los peces, que lejos de ser un milagro ha demostrado no ser más que una trampa, que hoy se desploma sobre nosotros en un juego de las sillas perverso, donde hay mucho más dinero inventado que riqueza material sobre la que sentarse cuando se para la música.

Lo cierto es que el problema radical de nuestro tiempo ya no es la explotación. Con el desarrollo tecnológico la cuestión social por excelencia es que la gran mayoría no es rentable ni para ser explotada. La obsesión de los ricos ya no es, como en el siglo XIX y buena parte del XX, como hacer trabajar a los pobres. Es que hacer con las grandes masas de pobres que, sencillamente, sobran. Donde duerme el volcán social del siglo XXI no es en los trabajadores, es en los redundantes, en los excluidos, en la morralla del excedente humano inaprovechable para obtener beneficios. La pérdida de la centralidad del trabajo en la creación de riqueza explica también porque los viejos procedimientos de la lucha de clases, como la huelga, se están convirtiendo en una especie de rituales folklóricos sin capacidad para afectar al desarrollo general del proceso social.

El capitalismo está ahogado en este límite interno provocado por su propio hiperdesarrollo. Los pesimistas dicen que esto exigirá al capital reinventar un nuevo ciclo de acumulación tras una suerte de gran limpieza de armario, en forma de una crisis devastadora de enormes proporciones, de la que ahora estaríamos viendo sólo los balbuceos. Los optimistas anuncian que estas señales son una prueba de que el contexto tecnológico (condiciones objetivas como se decía antes) está maduro para construir el comunismo.

Al fin y al cabo una de las desdichas histórica del leninismo fue intentar levantar el socialismo en países atrasados, sin una infraestructura técnica industrial que asegurase el prerrequisito de una sociedad comunista: la abundancia material. Ahora que un 5% del trabajo actual podría mantener en pie el chiringuito mundial, sería posible cumplir el sueño de Marx del hombre y la mujer total, capaces de pescar por la mañana y pintar cuadros por la tarde: sencillamente todo el trabajo sucio lo harían las máquinas.

Sin embargo esto exigiría una revolución social que estamos a años luz ya no de ganar, sino casi de poder pensar. Es evidente que estamos más cerca de las soluciones capitalistas al fin de la sociedad del trabajo. Las palomas piensan en subsidios mínimos para alimentos basura, alquileres sociales, un alud de ocio gratis (que hoy ya se ensaya por vía internet), marihuana legal para aplicar los hervideros de peligroso aburrimiento de los barrios populares. Los halcones fantasean con guerras, hambrunas y un apartheid brutal.

Pero el factor clave es que el propio ahogo de la sociedad del trabajo está comprometido por otro límite que Marx apenas pudo intuir y, cuando lo hizo no extrajo de él sus implicaciones profundas. Se trata de un límite externo a la acumulación de capital, provocado por la depredación de los recursos naturales que alimentan el metabolismo de nuestras sociedades.

El escritor de ciencia ficción Isaac Asimov afirmaba que cualquier planeta es un arma de un solo disparo, un disparo que la primera especie inteligente que emergiera del proceso evolutivo tendría que administrar con sabiduría o perecer. La bala de ese disparo son los combustibles fósiles: una lotería energética que permite acometer las transformaciones materiales decisivas para que esa gran locura que es el capitalismo industrial se vuelva una sociedad sustentable en lo ecológico y en lo social. En otras palabras, para que el capitalismo se torne un eco-socialismo. Y por tanto una sociedad libre de la maldición del ganar dinero por el ganar dinero y del crecimiento como un fin en sí mismo.

El grupo Krisis, en su Manifiesto contra el trabajo, se pregunta: “¿Por qué dejar que suden centenares de cuerpos humanos cuando unas pocas segadoras lo hacen todo? ¿Para qué gastar el espíritu en una rutina que el ordenador ejecuta sin ningún problema?”. El gran drama de nuestro futuro, que se convertirá en la tragedia final del mito progreso, es que quizás ya no tengamos petróleo suficiente para mover segadoras ni desplazar por el mundo los materiales y las piezas que nos permitan construir ordenadores.

III

Resulta obvio constatar que en un planeta finito ninguna sociedad puede crecer hasta el infinito como está inscrito, como un destino, en el código genético capitalista. Y que por tanto, más tarde o más temprano, el capitalismo está llamado a chocar con unos límites externos (agotamiento de recursos) que frenarán y harán imposible su funcionamiento normal.

La idea que pretendo defender aquí es que esta colisión no es una posibilidad teórica, sino que es un hecho que ya ha comenzado y que se desplegará, de forma paulatina, a lo largo del primer tercio del siglo XXI. Que nadie imagine un colapso apocalíptico y cinematográfico: salvo momentos puntuales de shocks, el desplome será lento, como una enfermedad degenerativa.

Pero que tampoco nadie dude que el mundo del futuro será completamente distinto al que habíamos imaginado: un mundo de gran escasez material y pobreza energética, donde la vida cotidiana se volverá, a la fuerza, mucho más sencilla. Y el sistema se parecerá poco al capitalismo que hemos conocido. La razón es que desde mediados de la década del 2000, que sobrepasamos el pico mundial de petróleo, hemos entrado en la era del fin del crecimiento económico.

La sociedad industrial moderna es un gigante con pies de barro, pero ese barro es petróleo. De un modo que cuesta imaginar nuestra forma de vida, al menos desde la II Guerra Mundial, es absolutamente dependiente de un flujo constante y barato de petróleo. Los combustibles fósiles son el 80% de la energía primaria que empleamos y el petróleo el 96% del transporte del mundo. Este dato revela su verdadero peso si comprendemos que habitamos un planeta productivamente deslocalizado: las materias primas y las personas

no paran de moverse de un lado a otro del mundo en un frenesí desquiciado. Así, por ejemplo, y en algo tan cotidiano y tonto como desayunar, puedo comer dos manzanas chilenas masticándolas con una funda dental fabricada en China en base a una aleación de cobalto extraído del Congo.

Al mismo tiempo, nuestra sociedad ha asumido patrones de asentamiento gigantescos, las megalópolis, que se vuelven inmanejables sin un coche privado (no digo invivibles, porque su vileza es evidente con o sin automóvil). Esto se ha vuelto más grave a partir de la explosión de esos engendros urbanísticos que combinan lo peor de un pueblo y lo peor de una ciudad que son las urbanizaciones, que se extienden como un cáncer por EEUU pero también en Europa y los países emergentes. Sobra decir que el petróleo es la materia prima de la petroquímica y por tanto de más de 3000 productos cotidianos fundamentales, desde medicinas a piezas informáticas.

Y dos cuestiones de suma importancia. La primera es que en las sociedades industriales, 9 de cada 10 calorías que comemos son petróleo (maquinaria agrícola, pesticidas, fertilizantes, transporte a las ciudades) por lo que una disrupción de petróleo significa hambre. La segunda que no pude darse crecimiento económico sin un aumento del consumo de energía: la famosa desmaterialización de la economía de servicios es un espejismo.

Por tanto, cuando sube el precio del petróleo sube el precio de todo, especialmente los alimentos, y la economía mundial entra en recesión. Donde está el nudo gordiano de este problema es que el petróleo ha sobrepasado ya su punto máximo de producción de toda la historia (pico del petróleo) y nunca jamás volverá a ser barato.

Este hecho trascendental para nuestras vidas, si pilla a alguno desprevenido, es sólo una prueba de lo irracional que puede ser el capitalismo en la construcción de opinión pública: el informe del MIT al Club de Roma, que no era precisamente una secta de anarquistas enemigos del mundo industrial, sino la élite del pensamiento burgués de su época, ya nos alertó de ello hace más de 40 años. Al final, el futuro llega, y los desastres que pensábamos ilusamente dejar a nuestros nietos en herencia nos van a estallar en las manos.

En la década del 2000 hubo una intensa polémica entre geólogos pesimistas y optimistas por fechar el pico del petróleo. A grandes rasgos el debate enfrentaba a la geología institucional, la Asociación Internacional de la Energía (AIE) con la ASPO, una red de científicos que empleaba la metodología de cálculo de reservas de King Hubbert, un geólogo de la Shell que predijo con acierto el pico del petróleo de EEUU casi 20 años antes de que ocurriera (desde 1970 EEUU está produciendo cada año menos petróleo). Mientras que la AIE afirmaba que nunca habría un pico antes del 2030 y que quizá no tuviera forma de pico sino de una meseta, la ASPO pronosticaba problemas de suministros a partir de la primera década del siglo XXI.

Finalmente, los pesimistas acertaron y la AIE se vio obligada a reconocer a finales del 2010, y a regañadientes, que el pico del petróleo mundial había sido en el 2006. Esto es, en el 2006 se ha llegado al techo máximo de producción de la materia prima fundamental en la que se basa toda la economía moderna. Desde entonces la producción petrolífera sólo puede declinar. No es casualidad que un año más tarde (2007) los malabares financieros a los que se había entregado el capitalismo neoliberal se derrumbasen en la profunda crisis que hoy sigue teniendo a la economía global contra las cuerdas. Ni tampoco, que desde varias décadas atrás los grandes poderes militares del mundo estén empleando la guerra colonial como un método para asegurarse el acceso a unas fuentes de energía cada vez más escasas (Irak es el ejemplo más evidente, pero podríamos hablar de muchos otros casos: desde las guerras del Cáucaso a la intervención del imperialismo francés en Malí, cuya causa de fondo es el control de sus minas de uranio).

Los pesimistas ganaron la batalla, pero los optimistas no dan la guerra por perdida. En la década del 2010 el debate geológico se ha renovado. Ahora versa sobre las posibilidades de los petróleos no convencionales para ejercer como sustitutos del petróleo convencional. En esta fase de crisis de vejez el capitalismo sobrevive mediante subterfugios. También mediante subterfugios energéticos, como las promesas de los petróleos no convencionales.

Bajo esta etiqueta se engloba una gran diversidad de combustibles fósiles (petróleo de altas latitudes y aguas profundas, arenas asfálticas, petróleos de pizarra, petróleos de esquisto...), de naturaleza energética muy

distinta, que tienen en común el haber sido considerados históricamente como recursos marginales. El alto precio del petróleo ha vuelto a despertar el interés en ellos, a pesar de sus difíciles condiciones de explotación. Ahora que nos aprieta la cartera, lo que se está haciendo, básicamente, es rebuscar las monedas energéticas entre los huecos del sofá.

Los cocientes de energía neta (Tasa de retorno energético) del primer petróleo convencional, ese que ahora mengua irreversiblemente, eran de 100 a 1. Si invertías la energía equivalente a un barril de petróleo obtenías cien. Los de los petróleos no convencionales en ningún caso superan una TRE de 10 a 1, y en mucho de ellos el resultado es bastante más pobre (4-1, 3-1). Pretender que ambos recursos son sustituibles es una falacia amparada en un truco de palabras: aunque ambos se llamen petróleo, cuesta defender que se traten de la misma sustancia.

Cada cierto tiempo, y de forma recurrente, aparece la promesa de un El Dorado energético que va a posibilitar mantener intacto, e incluso expandir, nuestro desenfrenado nivel de consumo. Hace unos años era el hidrógeno, luego vinieron las arenas asfálticas de Canadá y actualmente la pirotecnia mediática anuncia a bombo y platillo que la “revolución del petróleo de esquisto” (hidrofractura o fracking) va suponer un “terremoto geopolítico” que permitirá a EEUU, y según el último informe de la AIE, no solo autoabastecerse energéticamente en el 2030, sino incluso exportar energía. Más allá del titular espectacular, esta es una afirmación basada en una serie de trucos contables que no resisten el más mínimo análisis serio: todos los datos apuntan que el sueño del fracking no es más que la próxima burbuja del capitalismo.

Las cifras de las TRE de las distintas fuentes de energía supuestamente alternativas al petróleo es uno de los elementos que nos llevan a concluir que no hay milagros energéticos basados en nuevas y fabulosas tecnologías esperando a la vuelta de la esquina. Y que por tanto resulta mucho más realista asumir, sencillamente, que la fiesta (cruel, injusta e histriónica) del crecimiento económico se ha terminado. Comprenderlo pasa por entender como muchas fuentes de energía distintas al petróleo funcionan subsidiadas energéticamente por el petróleo.

Si tenemos en cuenta, por ejemplo, la construcción de la central y la minería del uranio, que es altamente consumidora de petróleo, la TRE de la energía nuclear desciende hasta un rango de 8:1. Lo mismo ocurre con las energías renovables, cuya construcción y mantenimiento es dependiente de enormes flotas de vehículos propulsados por motores de combustión interna moviendo materiales y trabajadores de un lugar a otro del mundo.

De los biocombustibles resultan tasas de retorno energético extremadamente pobres, con el añadido de introducir un factor trágico de competición violenta por la tierra con capacidad fotosintética, cuando no directamente una competición entre combustibles y comida (el 40% de la producción nacional de maíz estadounidense está actualmente siendo destinada a la producción de etanol). La escasez de materiales también afecta a las energías renovables, altamente demandantes de recursos como cobre, fibra de acero o tierras raras. Y por supuesto a las otras grandes fuentes de energía mineral, como el carbón, el gas y el uranio, enfrentarán picos y declives irreversibles en el arco temporal de las próximas dos-tres décadas.

El panorama que aquí he descrito, de forma telegráfica, solo está dando cuenta de la incapacidad técnica y material que enfrenta nuestra civilización para cubrir una demanda energética que no es casual: le viene impuesta por su naturaleza expansiva. Ni siquiera he introducido otros factores igualmente importantes, como los efectos ambientales y sociales catastróficos del uso de determinadas fuentes energéticas (cambio climático, radiación). O las implicaciones sociales y culturales de modelos energéticos que son también estructuras de dominación política (centralismo, expertocracia).

También es muy importante no olvidar que el pico del petróleo es la punta del iceberg de un proceso de agotamiento de recursos mucho más amplio, que lleva a algunos autores a hablar del “pico de todo”. El fósforo, imprescindible para el fosfato con el que se fabrican los fertilizantes de los que depende la agricultura industrial, sobre pasó su pico en 1989. La pesca lo hizo a principios de los 80. El cobre hace unos años. Y en el 2015 China, principal productor mundial de tierras raras, dejará de exportar porque acapará toda su producción para su propio consumo interno.

La primera revolución industrial se basó en la revolución energética del carbón. La segunda revolución industrial lo hizo en la revolución energética del petróleo. La tercera revolución industrial es una quimera llamada a fracasar porque no tiene, ni puede tener, una base energética que la sustente. Su fracaso arrastrará al mundo, durante las próximas dos-tres décadas, en una serie de convulsiones sociales que derribarán gobiernos, modificarán fronteras, alimentarán insurrecciones y transformarán la cultura consumista actual en fórmulas de vida mucho más austeras y sencillas.

Que la iniciativa de esta transición la lleve el capitalismo suicida, un ecofascismo de los recursos o procesos emancipatorios de autoorganización popular es, seguramente, la clave política de nuestro tiempo.

IV

Toda especulación sobre cómo se darán los acontecimientos del crack civilizatorio está condenada a fracasar. La enorme complejidad del funcionamiento de los sistemas sociales desborda las posibilidades de cualquier inteligencia. Sin embargo, el pensamiento crítico puede encontrar una de sus mejores aportaciones jugando a ser visionario. Plantearse situaciones hipotéticas, más o menos previsibles, permite pre-configure escenarios. Y esto último es fundamental si se quiere diseñar una estrategia que pueda llevar a los movimientos anticapitalistas a la victoria. Cierro este artículo con un ejercicio imaginativo sobre nuestro futuro a medio plazo que sirva para resumir lo dicho hasta ahora.

En la jerga de la bolsa llaman rebote del gato muerto a las subidas puntuales de un valor destinado a desplomarse. Es una manera simpática de describir que en el capitalismo los comportamientos económicos funcionan como dientes de sierra, con subidas y bajadas. Pero la importancia está en la tendencia general y no en las coyunturas puntuales. Con el colapso en marcha ocurrirá algo parecido: no viviremos un desplome rápido y súbito, sino paulatino, con sus mareas altas y maras bajas. Y en muchas ocasiones tendremos bocanadas de aire (el cuento del fracking, el tirón de un país emergente con la burbuja especulativa a toda marcha al estar fomentada por unas olimpiadas o cualquier otra alucinación) que harán hablar a nuestros dirigentes de brotes verdes o luz al final del túnel.

El mismo esquema sirve, por ejemplo, para los precios de los recursos energéticos, que condicionarán en parte todo lo demás. Después de su máximo histórico del 2008, el precio del petróleo se derrumbó con la recesión económica mundial. Pero sólo para volver a dispararse a la mínima señal de recuperación y arrojar al mundo a otra depresión cuando aún no se había ni superado la primera. Esto se repetirá constantemente, porque el crecimiento económico se ha trabado, está en un bloqueo, atrapado en una especie de tartamudez. Y en cada recaída la depresión se llevará por delante todo un sector productivo. El primero fue el inmobiliario. La industria automovilística y la aviación comercial cumplen todos los papeles para ser los siguientes.

La cronificación de la recesión exagerará las tendencias que hoy son visibles. Nuestras sociedades van a partirse literalmente en dos: los que todavía son útiles y la gran mayoría, que no serán rentables. Si el ahogo de la sociedad del trabajo ya tendía a arrojar cada vez más gente a la exclusión social, el pico del petróleo, que sólo puede excitar las perversiones del mecanismo capitalista, va a obligar a ahorrar más trabajo a las empresas para poder ser competitivas. El acceso a un mundo laboral normal será un hecho cada vez más exótico, mientras que la gran mayoría de la población estará obligada a sobrevivir en el subempleo y la precariedad salvaje.

A nivel político, y en el medio plazo, pueden imaginarse dos escenarios antagónicos. En uno vence la inercia. El capitalismo va descomponiéndose sin que nadie de un golpe de timón. Esto nos llevaría a una suerte de fabelización mundial. El primer mundo y el tercer mundo se desdibujarían y se fusionarían: el resultado, un planeta archipiélagos de opulencia defendidos por ejércitos privados en medio de un océano de penuria sin precedentes, donde la gente sobrevive en base a una economía sumergida casi madmaxiana. En otro escenario, y en algún momento, se da un golpe sobre la mesa de carácter político. Entonces el capitalismo neoliberal desregularizado puede mutar en un capitalismo de Estado autoritario, que implanta una economía de guerra para gestionar-pelear los escasos recursos naturales que van quedando. Ramón Fernández Durán hablaba de un “1989 invertido”, en el que de repente las élites capitalistas se vuelven “comunistas”, en el sentido de

defensoras de la nacionalización de los medios de producción y de un sistema económico planificado centralmente.

El ecofascismo, esto es, un sistema totalitario burocrático centrado en la supervivencia ecológica, es una de las perspectivas más siniestras del futuro a medio plazo. Carl Amery ya anunció que Hitler podía haber sido un precursor y no un accidente. El siglo XXI, con el crack civilizatorio, ofrece condiciones mucho más factibles para que emergan proyectos políticos aberrantes, que nieguen la categoría de humano a amplias capas de población. Lo inquietante es pensar que estos fascismos verdes pueden alimentarse de un discurso tradicionalmente democrático y de izquierdas: el del movimiento ecologista.

Sin embargo, antes de estos procesos, las turbulencias de la crisis provocarán, ya lo están haciendo, giros políticos mucho más inmediatos. Asistiremos a un gran cambio de guardia en los núcleos de poder de nuestras sociedades. Las antiguas élites se verán obligadas a realizar nuevos pactos con actores emergentes para mantener la gobernanza en un escenario económico y social muy convulso. A nivel político y jurídico, el cambio de guardia se concretará en un ciclo mundial de procesos constituyentes. Estos pueden canalizarse según los intereses de las élites gobernantes, como sucedió con el proceso de transición democrática en la España de los 70, que básicamente sirvió para apuntalar la continuidad de proyecto socioeconómico del franquismo. O bien desbordarse y abrirse a la experimentación social emancipatoria, como sucedió en este país con el proceso constituyente de los años 30, que desembocó en una revolución social abortada por una guerra civil.

Independientemente del recelo que se sienta hacia las instituciones del Estado, es interesante comprender que, en nuestro caso, el proceso de caída del régimen de 1978 es un proceso en el que se barajan y reparten las cartas políticas. Lo que puede ser también aprovechado desde un punto de vista libertario. Por ejemplo para consolidar alternativas populares auto-organizadas.

Que el colapso sea un hecho histórico que sucede a fuego lento no significa que no puedan sucederse acontecimientos traumáticos, que durante un tiempo corto pongan el orden social en máxima tensión. Por ejemplo una crisis energética estricta. El 40% del petróleo mundial se mueve a través del estrecho de Ormuz, una vía marítima de 60 km de anchura en la salida del Golfo Pérsico que separa Omán de Irán. Si estallase la guerra contra Irán, la cúpula militar de Teherán no dudaría (ya lo ha anunciado) en minar el estrecho. En consecuencia, de una semana para otra la economía mundial perdería el 40% de su petróleo. Esto significa, sencillamente, racionamiento de gasolina, desabastecimiento en los supermercados occidentales, cortes de luz, declaraciones de estados de emergencia para controlar los previsibles disturbios.

De un modo parecido la quiebra del sistema del euro, bien con la implosión general de la unión monetaria o bien con la creación de un euro fuerte y uno débil (Europa de las dos velocidades le llaman eufemísticamente) supondrá, en los países mediterráneos, una devaluación salvaje. Como esta afectará principalmente a los ahorros de la gente, todo el mundo intentará ponerlos a salvo de alguna forma, a lo que los Estados responderán implantando corralitos. Chipre fue un ensayo, a pequeña escala, de una operación quirúrgica a la que estamos destinados, más tarde o más temprano, todos los PIGS del sur de Europa.

El encarecimiento irreversible del precio del transporte es previsible que se traduzca en una quiebra de la globalización. El mercado mundial puede romperse en una serie de bloques económicos antagónicos que volverán a retomar políticas proteccionistas. Y como sucede siempre que se cierra una economía sin cuestionar aquello que la lleva a la expansión (la lógica del capital), el proteccionismo tiene que conducir, como ha hecho siempre, a la tensión bélica y quizás a la guerra.

Sería también previsible que nuestro sistema productivo fuera transformándose para adecuarse a la escasez energética en marcha. Esto significaría una relocalización industrial fuerte, un retorno a lo local, un primado del reciclaje y la reutilización, la abolición de la obsolescencia programada, un abandono paulatino del sector servicios y una vuelta al sector primario. Sin embargo, como la escasez energética estará mediada por las irracionales de un capitalismo demencial, que para ser rentable exige un imput de trabajo casi ridículo, los planes económicos de nuestras élites seguirán siendo, durante muchos años, esperpentos y tics de suicidas: por

ejemplo destruir ecológica y socialmente una comarca construyendo un gran complejo de casinos, que luego estarán casi vacíos porque de aquí a 20 años la aviación comercial volverá a ser cosa de millonarios.

A medida que las ciudades se hunden en tasas de paro irremontables, y fuertes carestías cotidianas sean comunes, la tentación de una huida al mundo rural dejará de ser un plan de grupos muy ideológicos para convertirse en una solución general. Como en un espejo invertido, los nietos del éxodo rural protagonizarán un éxodo urbano. Pero el proceso será de todo menos fácil. A los choques culturales entre ciudad y campo, que hoy ya sufren los experimentos neorurales y también las comunidades tradicionales, se unirá el estrés socioeconómico producido por cuestiones como el acceso a la tierra. Porque frente a lo afirmado por el refrán, el campo tiene puertas, y vallas y Guardia Civil. En los últimos años además estamos asistiendo a un proceso de acaparamiento de tierras por parte de grandes empresas que obligará a retomar, avanzado el siglo XXI, el viejo grito de Zapata. La reforma agraria volverá a ser una cuestión social candente en un futuro próximo.

La agudización de la crisis supondrá un repliegue simultáneo del Estado y del mercado. La merma de ingresos obligará al Estado a reducir, necesariamente, sus partidas presupuestarias. Y aunque queda margen para pelear políticamente por mantener algunas cuestiones esenciales bajo protección pública, y debemos poner en ello todo el empeño, lo indiscutible es que el Estado del Bienestar que hemos conocido ya es un producto de museo. El mercado se replegará en el sentido de que será cada vez más impotente para ofrecer a la gente una integración en el circuito trabajo-consumo. El resultado de esta retirada conjunta es un hueco que la gente deberá llenar por sí misma. Esto puede darse en el marco de un cierre alrededor de la familia. Puede ser un espacio ocupado por las mafias o por las sectas religiosas. O puede ser un espacio donde logremos articular comunidades para la autogestión cotidiana en base a principios anticapitalistas de solidaridad y de apoyo mutuo. Lo que está claro es que en los años que viene el nosotros sustituirá al yo del individualismo neoliberal. Está por decidir si ese nosotros será liberador o perverso.

Por último, quizá el factor más importante a tener en cuenta es que estamos a las puertas de una gran frustración social. La educación en las pautas de vida de la sociedad de consumo están tan implantadas que para mucha gente el proceso de perder ciertos hábitos de vida va a suponer un trauma psicológico inasumible. Una sociedad que considera un derecho adquirido comer langostinos en Navidad o irse un fin de semana a Londres a un concierto, una sociedad que protesta porque se reduce 10km/h la velocidad de conducción en las autopistas, es una sociedad muy poco preparada para reaccionar humanamente ante la escasez que nos viene encima. A casi todos les resultará más fácil poner su voto a favor de cualquier solución de extrema derecha que prometa recuperar la opulencia perdida metiendo a los inmigrantes en centros de trabajo forzados que ponerse a construir, desde la base, una vida cotidiana más comunitaria y más sencilla.

Por eso una de las tareas más inaplazables de los movimientos anticapitalistas es ser capaces de conformar la imagen de una vida buena, que siendo más pobre en términos energéticos y materiales, sea más deseable que lo que teníamos antes del 2007. La revuelta siempre se contagia por enamoramiento. Ante nosotros y nosotras el reto de enamorarnos, y por tanto ayudar a la gente a enamorarse, de una nueva cultura de vida cuya riqueza (de tiempo libre, de relaciones, de sentido) es interpretada por el capitalismo como pobreza, y por tanto es despreciada. Un primer paso es convencernos y convencer de que lo verdaderamente despreciable es el capitalismo aún es su máximo esplendor.

Emilio Santiago Muiño.